

ARALAR, NATURALEZA HUMANIZADA

RAMON ELOSEGUI ALDASORO



SOCIEDAD DE
CIENCIAS NATURALES
ARANTZAZU
Plaza I. de Arantzazu
(Museo)
SAN SEBASTIAN

A través de los artículos precedentes, se puede apreciar la riqueza de los valores, de todo tipo, que conjunta la sierra de Aralar.

Hace milenios, nuestros antecesores comenzaron un pacto que parecía interminable, con una sierra primorosamente vestida de vegetación y sometida a un clima que la peinaba con detalle.

Si dejamos volar la imaginación, veremos a unos pocos hombres abrirse un hueco entre las hayas, abatir con hachas de sílex árboles gigantes. Necesitan más espacio de hierba. La nueva forma de vida, el pastoreo, va tomando auge, porque es más seguro tener unas pocas ovejas cautivas que depender de la caza. Es la nueva moda, y los más listos, los más avanzados la van adaptando poco a poco. Por ello necesitan espacios abiertos. En los valles, en zonas de clima más dulce pasarán la mayor parte del año, pero el veraneo sienta mejor al ganado en los prados de la montaña.

En torno a las necesidades humanas tan antiguas se fue configurando un sistema nuevo para la naturaleza, en el que el hombre juega un importante papel, transformando zonas de arbolado y praderas silvestres en unos pastizales de gran productividad.

El ganado, al segar continuamente la hierba a medida que va creciendo, impide la regeneración de especies que requieren desarrollar largos tallos. Favorece selectivamente a aquellas especies que tienen mucha capacidad de reproducción vegetativa, y a los que florecen a ras del suelo.

En un proceso de milenios esta acción selectiva llega a afinar extraordinariamente las relaciones entre la hierba y el herbívoro que evolucionan en un marco de equilibrio dinámico.

En Aralar, largos siglos de relación entre vacas, yeguas y ovejas que comían, pisaban y abonaban han dado por resultado esos magníficos campos que mantienen una gran población de ganado; y por qué no decirlo, campo donde la mente y las ideas agotadas de los ciudadanos embarrancados pueden jugar ondulando a *Desamendi* o *Errenaga*, rebotar de *Trikuarri* a *Pardarri* o *Lerritz*, según sople el aire de libertad.

Es algo excepcional que nos haya llegado hasta nuestros días un paisaje pastoril relativamente amplio y bien conservado, y motivo suficiente para defenderlo a ultranza para que su vocación no sea alterada por la especulación o mil razones falsas, que sin duda serán inventadas.

En la caída abrupta de la sierra hacia el valle de *Araitz*, lo que hoy debida o indebidamente se conoce por «*Malloas*», hay un gigantesco S.O.S. profundamente grabado en el suelo. Es preciso saber leerlo y enseñar a comprenderlo a todo aquel que quiera un Aralar vivo, mejor aprovechado de lo que hoy está; pues la sierra, a medida que nos alejamos de los campos en una u otra dirección, comienza a deteriorarse, a tener usos cada vez más aberrantes que de seguir ahí ahogarán para siempre su canto de naturaleza humanizada y permanentemente productiva que aún puede mantener.

En las «*Malloas*» que fueron deforestadas hace siglos, se crearon unas praderas de siega que

los habitantes de *Araitz* utilizaban para henificar guardando el heno para el invierno.

En zonas, la pendiente es tal que los segalaris trabajaban atados con cuerdas.

Un ingenioso tendido de cables de acero permitía enviar las sábanas de heno desde los campos de siega, y salvando verticales de roca, a puntos próximos a los caseríos mediante simples poleas. Luego, con burros o caballerías, subían las poleas para enviar otras sábanas.

Si el año era bueno podían hacer dos cortes antes de que por *San Miguel* se abrieran las puertas del ganado de los campos, que comía, pisaba y abonaba aprovechando al máximo la producción del pasto.

Hoy, tras una catastrófica gestión de la naturaleza, sin una política forestal y agraria inteligente, todo en menoscabo de los intereses del hombre rural, y en definitiva de la humanidad, las «*Malloas*» han encajado el golpe mortal.

La población del valle de *Araitz* ha disminuido. No hay jóvenes que puedan seguir en las casas, porque el aldeano es el paria de la sociedad. Sin gente, las «*Malloas*» no se siegan. Sin siega, se ha roto el equilibrio dinámico que existía entre la hierba, el segador y el ganado.

Ahora son las especies más bastas de hierba las que van predominando. Proliferan las agrupaciones amechonadas que con su sombra impiden el crecimiento de aquellas otras especies finas, de calidad alimenticia que tejían el tapiz denso y continuo que conocíamos hasta hace pocos años.

Aguardando a que exista una verdadera gestión inteligente de los recursos naturales, se debería permitir el pastoreo permanente en todas las zonas de las «*Malloas*» que no se siegan. Sólo así se puede mantener la capacidad pratese de esos suelos. De no hacerlo pronto veremos aparecer y crecer calvas de tierra desnuda en torno a los mechones de gramíneas bastas, proliferar los argomales, y acabar con-

virtiéndose en un matorral impenetrable.

Muchas décadas, tal vez siglos, harían falta para que de nuevo comenzaran a salir hayas. Con mucho más tiempo aún, llegaría a ser un bosque.

Pero, ¿podemos pensar en un retorno a la naturaleza primitiva? Indudablemente, no. Hemos nacido en una naturaleza transformada, que ha evolucionado con el hombre. En zonas, esa evolución ha llegado a equilibrios perfectos, creándose ecosistemas en que la acción del hombre es muy acertada e imprescindible. En otras ocasiones no se ha llegado a la fórmula perfecta, pues la acción humana ha ido consumiendo capacidad de recuperación a la naturaleza.

Es importantísimo distinguir unas cosas de otras para saber qué y para qué debemos conservar en interés de la humanidad.

En Euskadi los ecosistemas pastorales han funcionado con una perfección admirable legándonos unos paisajes muy humanizados, estéticamente agradables y con capacidad de producción indefinida. Hemos de pensar en ellos a la hora de conservar retazos de la Naturaleza. Pero no se puede pretender el conservar una especie sin conservar su biotipo, ni conservar unos campos de pastoreo olvidándonos de los pastores, del ecosistema pastoral, en definitiva. Por tanto, hay que atacar el problema por todos sus flancos.

Las campas de Aralar sólo pueden ser pastoreadas en verano; en invierno la nieve obliga a trashumar, y los pastores están a merced de los propietarios de las tierras bajas, que si mantienen los prados es, en muchos casos, porque aún no se los han tapado la autopista, la fábrica o la urbanización; y los alquileres responden más a un valor de especulación que al de uso agrícola.

Mientras tanto, ese amplio cinturón de robledales que rodea a los hayedos en todo el entorno de la sierra, es borrado del mapa alegando



Albiasu. Al fondo, las Malloas

muchas razones, pero ninguna suficiente, para sustituirlo por pinares, asfalto o cemento.

Y es precisamente ese cinturón de helechales y robledales el que, adecuadamente ordenado, podía mantener todo el ganado que veranea en las campas, y mucho más que debería existir en los pueblos circundantes.

Los robledales cuidados producen más en ganado que en madera, y la capacidad recreativa para el hombre sumido entre ruidos y gases de la industria, con la vista cortada por los bloques-colmena, que necesita como el pan un con-

tacto con el campo, es la mejor que podemos soñar en nuestra tierra.

Sin embargo, cada año perdemos más y más superficie de robledal para sustituirlo por pinares.

Aralar ordenado con unas bases ecológicas podría ser una preciosa isla de naturaleza en que se compaginara la ganadería con la explotación forestal y la capacidad recreativa dando una vida intensa y de calidad a todos los pueblos circundantes. Pero lo cierto es que hoy, some-

tida la sierra a una estúpida burocracia administrativa que hace compartimentos estancos de ganadería, agricultura y montes perdiendo la visión de conjunto, corre el riesgo de convertirse en un fósil del pasado, víctima de todos los errores de una sociedad que llamamos civilizada y cuyo progreso parece consistir en precisar cada vez de una mayor extensión de superficie agrícola para mantener a menos gente relacionada con la naturaleza. Si realmente queremos que

Aralar siga vivo, no podemos restringir nuestra acción a oponernos a la construcción de una carretera o un nuevo bunker. Los campos dependen de los pastores, y el futuro de éstos, de la conservación de los robledales y helechales y prados que circundan la sierra. Solamente una gestión integrada de ordenación puede garantizar la perpetuación de ese conjunto, ese ecosistema agropastoril que bien puede ser un objetivo de conservación a nivel de Euskadi.

